

LA JUVENTUD ES MÁS QUE UNA PALABRA

Mario Margulis y Marcelo Urresti

Tomado de:

La juventud es más que una palabra

Mario Margulis (editor)

Editorial Biblos

Buenos Aires, 2000 (2ª. Edición), pp- 13-30

Dividido entre niño y hombre (lo cual le hacía inocentemente ingenuo y a la vez despiadadamente experimentado), no era sin embargo ni lo uno ni lo otro, era cierto tercer término, era ante todo juventud, en él violenta, cortante, que lo arrojaba a la crueldad, a la brutalidad y a la obediencia, lo condenaba a la esclavitud y a la baja. Era bajo, porque era joven. Carnal, porque era joven. Destructor, porque era joven...

Witold Gombrowicz, *La seducción*, Seix Barral, Barcelona, 1982, p. 46.

La indeterminación del espacio de la juventud

La edad aparece en todas las sociedades como uno de los ejes ordenadores de la actividad social. Edad y sexo son base de clasificaciones sociales y estructuraciones de sentido. Sin embargo, es evidente que en nuestra sociedad los conceptos generalmente utilizados como clasificatorios de la edad son crecientemente ambiguos y difíciles de definir. Infancia, juventud o vejez son categorías imprecisas, con límites borrosos, lo que remite, en parte, al debilitamiento de viejos rituales de pasaje relacionados con lugares prescriptos en las instituciones tradicionales y, sobre todo, en los planos económico, social y cultural. La categoría "juventud" es significativa, su uso conduce a un marco de sentidos, y el análisis sociológico reconoce su existencia, como lo evidencia la abundancia de estudios rotulados con este concepto. Sin embargo, el concepto "juventud" parece ubicarnos

en un marco clasificatorio preciso para en seguida confundirnos, incluímos en la ambigüedad e imprecisión.¹ O, peor aun, hacer aparecer como "lo mismo" una variedad intolerable.²

Es necesario, entonces, acompañar la referencia a la juventud con la multiplicidad de situaciones sociales en que esta etapa de la vida se

1. Etapa juvenil se considera, habitualmente, al período que va desde la adolescencia (cambios corporales, relativa madurez sexual, etc.) hasta la independencia de la familia, la formación de un nuevo hogar, la autonomía económica, que representarían los elementos que definen la condición de adulto. Un período que combina una considerable madurez biológica con una relativa inmadurez social. La juventud como *transición* hacia la vida adulta (algunos autores hablan de cinco transiciones que se dan en forma paralela: dejar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar de la familia de origen, casarse, formar un nuevo hogar) es diferente según el sector social que se considere. En general, la juventud transcurre en el ámbito de la familia de origen. La salida de la casa familiar y la independencia económica marcan hitos básicos para una autonomía, que aumenta con la constitución de pareja estable y el primer hijo. Desde luego que la diferenciación social, las distintas clases y segmentos sociales configuran diferentes juventudes (véase Braslavsky [1986]).
2. Por eso conviene hablar de juventudes o de grupos juveniles antes que de juventud. Como sostiene Cecilia Braslavsky: "El mito de la juventud homogénea consiste en identificar a todos los jóvenes con algunos de ellos". Así según el joven tipo que se tenga *in mente* será el modelo con el cual habrá de identificarse a los jóvenes en general. Los varios mitos comunes sobre la juventud son: 1) "la manifestación *dorada*" por la cual se identifica a todos los jóvenes con los "privilegiados" —despreocupados o militantes en defensa de sus privilegios—, con los individuos que poseen tiempo libre, que disfrutan del ocio y, todavía más ampliamente, de una *moratoria social*, que les permite vivir sin angustias ni responsabilidades, 2) "la interpretación de la *juventud gris*", por la que los jóvenes aparecen como los depositarios de todos los males, el segmento de la población más afectado por la crisis, por la sociedad autoritaria, que sería mayoría entre los desocupados, los delincuentes, los pobres, los apáticos, "la desgracia y resaca de la sociedad" (p. 13), y por último, 3) "la *juventud blanca*, o los personajes maravillosos y participativos, éticos, etc." (p. 13) (véase Braslavsky [1986]).

Otro modo de hacer aparecer como lo mismo situaciones muy distintas es la representada por el mito de la igualdad de oportunidades con que cierto discurso intenta unificar la condición para todo aspirante a participar plenamente de la vida colectiva, aunque provengan de mundos sociales extremadamente diversos. Así, todo joven se encontrarán en igualdad de oportunidades para recibir los conocimientos e incorporar las aptitudes que lo transformarán en productor y lo formarán como ciudadano. Frente a esto, sociedad de clases, diferencias económicas, sociales, políticas, étnicas, raciales, migratorias, marcan profundas desigualdades en la distribución de recursos, con lo cual la naturaleza misma de la condición de joven en cada sector social se altera. En este sentido es que Silvia Sigal dice que, en América latina, a diferencia de Europa donde sería más amplia, la "juventud" está casi reservada para los sectores medios y altos, que pueden acceder a la educación superior y la moratoria en toda la plenitud del término.

desenvuelve,³ presentar los marcos sociales históricamente desarrollados que condicionan las distintas maneras de ser joven.⁴

El tema se complica cuando "juventud" no refiere sólo a un estado, una condición social o una etapa de la vida, sino además significa un producto. La juventud aparece entonces como valor simbólico asociado con rasgos apreciados —sobre todo por la estética dominante—, lo que permite comercializar sus atributos (o sus signos exteriores), multiplicando la variedad de mercancías —bienes y servicios— que impactan directa o indirectamente sobre los discursos sociales que la aluden y la identifican.

La juventud es signo, pero no sólo signo

En cierta literatura sociológica reciente, se trata de superar la consideración de "juventud" como mera categorización por edad. En consecuencia, se incorpora en los análisis la diferenciación social y, hasta cierto punto, la cultura. Entonces se dice que la juventud depende de una moratoria, un espacio de posibilidades abierto a ciertos sectores sociales y limitado a determinados períodos históricos. A partir de mediados del siglo XIX y en el siglo XX, ciertos sectores sociales logran ofrecer a sus jóvenes la posibilidad de postergar exigencias —sobre todo las que provienen de la propia familia y del trabajo—, tiempo legítimo para que se dediquen al estudio y la capacitación postergando el matrimonio, lo que les permite gozar de un cierto período durante el cual la sociedad les brinda una especial tolerancia. La juventud termina —en el interior de

3. Fueron cambiando los tiempos y los modos que marcan el ingreso al rol de adulto, la asunción social plena de las responsabilidades con que ese rol es identificado. La complejidad creciente de la vida social propia de la época actual fue constituyendo esta cambiante franja a la que llamamos *juventud*.

4. En sectores más pobres se comienza a trabajar más temprano, en trabajos manuales o de poca especialización. También suele ser más temprana la constitución de la propia familia y la reproducción de la misma. Las etapas de crisis económicas y la creciente desocupación introducen variantes en esta característica propia de las clases populares: los jóvenes no estudian, buscan participar prontamente en la actividad económica, pero muchos no consiguen empleo. Además el desarrollo industrial actual, con las cuotas mínimas de calificación que exige, cada vez más altas, hace que el período en el que la población debe adquirirlas se alargue cada vez más. En consecuencia, el desempleo y la calificación tienden cada uno por su lado a expandir el período de transición de la juventud. La vida adulta se aleja, con la moratoria más prolongada, también para los sectores populares.

las clases que pueden ofrecer este beneficio a sus miembros recién llegados a la madurez física — cuando éstos asumen responsabilidades centradas, sobre todo, en formar el propio hogar, tener hijos, vivir del propio trabajo.

Este planteo supera a otros que usan, con menos precisión, la palabra "juventud" como mera categoría etaria que posee, sin distinciones, características uniformes. Así, hemos señalado en otro momento que "la condición histórico-cultural de juventud no se ofrece de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística joven" (cf. Margulis, 1994: 25).

En relación con esta concepción se ha llegado a considerar la juventud como mero signo,⁵ una construcción cultural desgajada de otras condiciones, un sentido socialmente constituido, relativamente desvinculado de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significado. Cuando Pierre Bordieu titula "La juventud no es más que una palabra"⁶ parece exasperar la condición de signo atribuida a la juventud. Claro está que presenta en sus análisis la polisemia de este término, su distinto sentido según el contexto social en que es usado (profesión, gobierno, atletismo) y también su papel en las disputas por la riqueza y el poder, tratando de evitar el naturalismo espontáneo que surge alrededor de la noción en una primera aproximación por parte del sentido común. Sarlo (1994: 38-40) da cuenta de cómo "la juventud" se presenta en escena en la cultura actual, privilegiando su aspecto imaginario y representativo: la juventud no aparece "como una edad sino como una estética de la vida cotidiana", Frank Sinatra o Miles Davis nunca fueron jóvenes como lo fueron The Beatles", "Orson Welles no era muy joven cuando a los 24 años filmaba *El ciudadano*", "Bertold Brecht nunca fue joven, ni Benjamin, ni Adorno, ni Roland Barthes. Las fotos de Sartre, de Raymond Aron y de Simone de Beauvoir cuando apenas tenían veinte años muestran una gravedad posada con las que sus modelos quieren disipar toda idea de inmadurez que fascinaba a Gombrowicz". Más allá de esta descripción crítica —agudamente expresada— de la "cultura juvenil", no puede claramente apreciarse en el texto si *todo* es estética en la condición de juventud.

Es frecuente observar, en algunos estudios, un fuerte énfasis en el

5. Extremando el peso decisivo otorgado a la construcción y distribución social de la moratoria social hasta su final conversión en signo, lo que agota toda instancia social excedente en ese punto. Volvemos extensamente sobre el tema en lo que sigue.

6. Artículo incluido en Bourdieu (1990).

aspecto significativo, hasta el punto de desmaterializar el concepto "juventud", de llegar a desvincularlo de aspectos historizados que están contenidos en el espesor de la palabra y en todo lo que ella alude. Como puede suceder en algunos enfoques culturalistas, cuando el aspecto signo invade la totalidad de un fenómeno social, lo fragmenta y, por ende, lo empobrece. La juventud, como toda categoría socialmente constituida, que alude a fenómenos existentes, posee una dimensión simbólica, pero también tiene que ser analizada desde otras dimensiones: se debe atender a los aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos en los que toda producción social se desenvuelve.

Se ha puesto de manifiesto, al plantear la condición de juventud, los aspectos relativos a las desigualdades sociales que están implícitos en la noción de "moratoria". Así, los estudios vinculados con el tema tienden correctamente a criticar el uso automático de las categorías etarias, cuando no distinguen entre las condiciones designadas que encuentran —dependiendo del sector social a que pertenecen— personas pertenecientes a los mismos grupos etarios. Los jóvenes de sectores medios y altos tienen, generalmente, oportunidad de estudiar, de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta: se casan y tienen hijos más tardíamente, gozan de un período de menor exigencia, de un contexto social protector que hace posible la emisión, durante períodos más amplios, de los signos sociales de lo que generalmente se llama *juventud*. Tales signos tienden —en nuestro tiempo— a estetizarse, a constituir un conjunto de características vinculadas con el cuerpo, con la vestimenta, con el arreglo, y suelen ser presentados ante la sociedad como paradigma de todo lo que es deseable. Es esta simbolización de la juventud, sus condiciones externas, lo que se puede transformar en producto o en objeto de una estética, y lo que puede ser adquirido por adultos para extender en el tiempo su capacidad de portación del signo "juventud". La juventud-signo se transforma en mercancía, se compra y se vende, interviene en el mercado del deseo como vehículo de distinción y de legitimidad.

Desde este punto de vista, los integrantes de los sectores populares tendrían acotadas sus posibilidades de acceder a la moratoria social por la que se define la condición de juventud; no suele estar a su alcance el lograr ser joven en la forma descrita: deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo —a trabajos más duros y menos atractivos—, suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (casamiento o unión temprana, consolidada por los hijos). Carecen del tiempo y del dinero —moratoria social— para vivir un período más o menos prolongado con relativa despreocupación y ligereza.

Aun cuando el desempleo y la crisis proporcionan a veces tiempo libre a jóvenes de clases populares, estas circunstancias no conducen a la "moratoria social": se arriba a una condición no deseada, a un "tiempo libre" que se constituye a través de la frustración y la desdicha. El tiempo libre es también un atributo de la vida social, es tiempo social, vinculado con el tiempo de trabajo o de estudio por ritmos y rituales que les otorgan permisividad y legitimidad. El tiempo libre que emerge del paro forzoso no es festivo, no es el tiempo ligero de los sectores medios y altos, está cargado de culpabilidad e impotencia, de frustración y sufrimiento.

De las generaciones de realidad a la realidad de las generaciones

La juventud es una condición constituida por la cultura pero que tiene, a la vez, una base material vinculada con la edad. Llamamos a esto *facticidad*: un modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones. La condición etaria no alude sólo a fenómenos de orden biológico vinculados con la edad: salud, energía, etc.; también está referida a fenómenos culturales articulados con la edad. De la edad como categoría estadística o vinculada con la biología pasamos a la edad procesada por la historia y la cultura: el tema de las generaciones.

La generación alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios culturales acelerados que caracterizan nuestro tiempo. Cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como perteneciente a una cultura diferente, en la medida en que incorpora en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y formas de percibir, de apreciar, clasificar y distinguir. Virilio (1989b) habla de "generaciones de realidad", se refiere a los cambios en las formas de percibir y apreciar, al cambio en el tiempo social, en velocidad, en la sensibilidad, en los ritmos y en los gustos. Cada época tiene su *episteme*, y las variaciones epistémicas son percibidas y apropiadas, con toda su intensidad, durante el proceso de socialización, por los nuevos miembros que va incorporando la sociedad. Por lo tanto, las generaciones comparten códigos, pero también se diferencian de otras y, al coexistir en el interior de un mismo grupo social —por ejemplo, una familia— las diferencias generacionales, éstas se expresan, frecuentemente, bajo la forma de dificultades y ruidos que alteran la comunicación y, a veces, constituyen abismos de desencuentro, que en gran parte tienen que ver con que no se compartan los códigos.

Ser joven, por lo tanto, no depende sólo de la edad como característica biológica como condición del cuerpo. Tampoco depende solamente del sector social a que se pertenece, con la consiguiente posibilidad de acceder de manera diferencial a una moratoria, a una condición de privilegio. Hay que considerar también el hecho generacional: la circunstancia cultural que emana de ser socializado con códigos diferentes, de incorporar nuevos modos de percibir y de apreciar, de ser competente en nuevos hábitos y destrezas, elementos que distancian a los recién llegados del mundo de las generaciones más antiguas.

Ser integrante de una generación distinta —por ejemplo, una generación más joven— significa diferencias en el plano de la memoria. No se comparte la memoria de la generación anterior, ni se han vivido sus experiencias. Para el joven el mundo se presenta nuevo, abierto a las propias experiencias, aligerado de recuerdos que poseen las generaciones anteriores, despojado de inseguridades o de certezas que no provienen de la propia vida. Claro está que existen los relatos, la memoria social, la experiencia transmitida, pero, sin embargo, cada generación se presenta nueva al campo de lo vivido, poseedora de sus propios impulsos, de su energía, de su voluntad de orientar sus fuerzas y de no reiterar los fracasos, generalmente escéptica acerca de los mayores, cuya sensibilidad y sistemas de apreciación tiende a subestimar.

Este plano se enriquece si se tienen en cuenta otros niveles de la sensibilidad, de la experiencia y la memoria que suelen operar sobre las modalidades de estar en el mundo de los jóvenes. Éstos se sienten lejanos de la muerte, también de la vejez y de la enfermedad. Este hecho es objetivo, en tanto su probabilidad de enfermar o morir es menor; pero también es vivencia, hay una sensación de invulnerabilidad, de lejanía de la muerte, de otredad respecto de ella, que está condicionada por la convivencia y contemporaneidad con miembros adultos de la familia, con los padres y abuelos, con las generaciones anteriores. Ser joven significa, también, tener a los padres y abuelos, que haya en el grupo familiar otros a quienes les tocará enfrentar antes la muerte. Una especie de paraguas que distancia y aleja. También, estos otros —padres y abuelos— contienen al joven en cuanto joven, son testigos significativos de su diferencia, se existe "en ellos" —mientras están vivos— como miembro joven, como hijo o nieto. El rol social y familiar del joven es ratificado cotidianamente por la mirada de los otros. Con el paso del tiempo este techo que distancia la muerte se va desvaneciendo; en la medida en que no haya otras generaciones que medien entre el yo y la vejez, la muerte se torna posible, primero probable y luego cercana, mermando esa sensación

de invulnerabilidad a medida que desaparecen los otros cercanos, afectivamente ligados, que testimonian la propia juventud día a día, en la interacción y en la memoria incorporada.

De la moratoria social a la moratoria vital

Es necesario, entonces, recuperar ciertos aspectos aparentemente olvidados por cierta literatura reciente. Uno de ellos, ya anticipado, es el de la *moratoria vital* (concepto complementario de "moratoria social"). En este sentido es que la juventud puede pensarse como un período de la vida en que se está en posesión de un excedente temporal, de un crédito o de un plus, como si se tratara de algo que se tiene ahorrado, algo que se tiene de más y del que se puede disponer, que en los no jóvenes es más reducido, se va gastando y se va terminando antes, irreversiblemente, por más esfuerzos que se haga para evitarlo. De este modo, tendrá más probabilidades de ser joven todo aquel que posea ese *capital temporal* como condición general (dejando de lado, por el momento, consideraciones de clase o de género).

La juventud tiene de su lado la promesa, la esperanza, un espectro de opciones abierto, mientras que los jóvenes poseen una prudencia que tiene que ver con la experiencia acumulada, pero más con el tiempo que se ha escapado o perdido; con el paso del tiempo, progresivamente, la espera va ocupando ese espacio de la esperanza. De ahí la sensación de invulnerabilidad que suele caracterizar a los jóvenes, su sensación de seguridad: la muerte está lejos, es inverosímil, pertenece al mundo de los otros, a las generaciones que preceden en el tiempo, que están antes para cumplir con esa deuda biológica.

En los jóvenes hay un plus, un crédito temporal, una "moratoria vital". Posteriormente, y sobre esta moratoria, habrán de aparecer diferencias sociales y culturales en el modo de ser joven, dependiendo de cada clase y también de las luchas por el monopolio de su definición legítima, que implica la estética con que se supone que se la habrá de revestir, los signos exteriores con los que se la representará. Pero lo primero y anterior es este hecho duro, esta facticidad, este dato de la precedencia de los otros respecto de la muerte, dato que puede no cumplirse y que, sin embargo, no suprime la condición de juventud en cuanto a su posesión en el presente de ese crédito temporal.⁷

7. La *moratoria vital* se identifica con esa sensación de inmortalidad tan propia de los jóvenes. Esa sensación, esta manera de encontrarse en el mundo (objetiva y subjetiva-

En consecuencia, la definición de juventud incorpora también esa faceta dura, vinculada con el aspecto energético del cuerpo, con su cronología. Por otra parte, consustancial a la definición de la categoría, hay un nivel que podríamos llamar "significativo", que se mueve en el plano sociocultural. Ambos niveles están absolutamente intergrados y no existen por separado, salvo a los efectos del análisis y de la crítica. Esta última se dirige, en este aspecto, a poner de manifiesto algunos discursos sobre la juventud, a los que llamamos "culturalistas", que restringen la condición de juventud a los sectores medios y altos al centrar su definición exclusivamente en los elementos característicos de la moratoria social (de modo tal que los sectores pobres lejanos a esa moratoria social nunca llegarían a ser jóvenes), oscureciendo u olvidando la base fáctica (energía, moratoria vital, inserción institucional y también todo lo ya mencionado sobre el tema generacional), comunes a todas las clases.

Para planear de otro modo la crítica esbozada, podríamos pensar la relación entre facticidad (energía del cuerpo, moratoria vital, apertura de opciones, novedad de mundo, lejanía de la muerte) y estética (imagen, apariencia, signo) valiéndonos metafóricamente de la fórmula función-signo. Roland Barthes (1970)⁸ acuña el término función-signo para dar cuenta de fenómenos que no se presentan como evidentes en cuanto a su faceta comunicacional, como la arquitectura, la alimentación, el vestido. Tienen una función: alimentar, cobijar, abrigar, pero esta funcionalidad se articula ineludiblemente con significaciones construidas por la cultura. Así, función y signo son inseparables.

Si tomamos el cuerpo como susceptible de ser tratado como una función-signo, la juventud —entendida como facticidad, como singular situación existencial— sería la dimensión funcional, la cronología,

mente) se asocia con la temeridad de algunos actos gratuitos, conductas autodestructivas que juegan con la salud (que se vive como inagotable), la audacia y el arrojo en desafíos, la recurrente exposición a accidentes, excesos, sobredosis. Sobre esta condición se ha encarnado una cierta mitología de la cultura juvenil, que valoriza el "morir joven", morir antes que envejecer, trágicamente, para permanecer siempre joven, inmortal.

Pero también hay que destacar que existen en la vida social formas de muerte que se ensañan con los jóvenes: son ellos los reclutados en los ejércitos, los que libran las guerras, la carne de cañón en el campo de batalla. Fueron jóvenes las víctimas predilectas durante el Proceso, y la gran mayoría de los muertos durante la guerra de las Malvinas.

8. Véase también Eco (1972).

el soporte concreto sobre el que se articularían los signos, su expresión social. Función y signo serían analíticamente distinguibles pero inseparables.

La juventud, en tanto función, estaría expuesta a un desgaste diferencial en la materialidad misma del cuerpo según género y sector social, con lo que deja de ser mera cronología para entrar a jugar, procesada por la sociedad y la cultura, en el plano de la durabilidad, que es cualitativamente diverso, no lineal y más complejo. Así, lo sociocultural influiría en los ritmos del desgaste biológico, haciendo pesar la diferenciación social en la mera cronología. La función quedaría huérfana sin la concurrencia necesaria del signo. De este modo la acción de los signos lleva a la función a constituirse en otro registro, lo que no significa que sea anulada, suprimida o reemplazada, sino que es reelaborada, como si se tratara de materia y forma.

La materia de la juventud es su cronología en tanto moratoria vital, objetiva, presocial y hasta prebiológica, física; la forma con que se la inviste es sociocultural, valorativa, estética (en el sentido de *aisthesis*: "percepción", en griego) con lo cual se la hace aparente, visible. El compuesto resultante es el cuerpo del joven (cronología sin cultura es ciega —bruta materialidad, estadística—, cultura sin cronología es vacía, simbolismo autóctono, culturalismo). De esta manera, gracias a este criterio, se puede distinguir —sin confundir— a los jóvenes de los no jóvenes por medio de la moratoria vital, y a los social y culturalmente juveniles de los no juveniles, por medio de la moratoria social. En consecuencia, se puede reconocer la existencia de *jóvenes no juveniles* —como es el caso de muchos jóvenes de sectores populares que no gozan de la moratoria social y no portan los signos que caracterizan hegemónicamente a la juventud—, y de *no jóvenes juveniles* —como ciertos integrantes de sectores medios y altos que ven disminuido su crédito vital excedente pero son capaces de incorporar tales signos—.

En esta distinción radica una de las grandes dificultades de los estudios sobre juventud; los de estilo estadístico, que unifican en una población sin fisuras elementos que sólo tienen en común la fecha de nacimiento y sacan conclusiones comunes para todos ellos como si estuvieran uniformados por ese simple hecho,⁹ igual que como sucede con los estudios de tipo culturalista, que a partir de las diferencias entre

las clases trasladan —a través de un modelo legitimista deductivo, lo quieran o no—¹⁰ las conclusiones que sacan sobre los sectores dominantes hacia el resto de la sociedad, pues, tratando de describir cómo circulan los modelos impuestos hegemónicamente, oscurecen de entrada la posibilidad de adjudicar rasgos positivos a todo lo que *a priori* aparece como dominado, dejando de lado las diferentes maneras de ser joven en los distintos sectores sociales, lo cual a veces los lleva a negar la posibilidad de juventud en los sectores populares y a tener que incluir como jóvenes a aquellos que —desde el punto de vista de la cronología, de la moratoria vital, de la memoria y de la historia— ya no lo son.

Tomando la noción de moratoria vital (capital energético) como característica de la juventud, se puede hablar de algo que no cambia por clase, sino que depende de un segmento —en cierto término del desarrollo de la economía del cuerpo— de sus fuerzas disponibles, de su capacidad productiva, de sus posibilidades de desplazamiento, de su resistencia al esfuerzo. Por sobre ese capital, que podríamos identificar también como valor de uso, se monta y desarrolla el valor de cambio, esto es, el lenguaje social que compatibiliza esa diferencia energética en un signo (capital simbólico) que permite su intercambiabilidad, en una abstracción que permite una particular distribución social por clase de ese capital, en el que juegan los intereses del "mercado". Ese mercado es a la energía (cualitativamente distinta) un ordenador cuantitativamente comensurable, un tamiz por el que la diferencia se hace código. Para utilizar la metáfora económica, el mundo de la producción real comienza a hablar en la lengua de las finanzas.

Esa energía vital propia de la moratoria cambia de expresión: el capital energético se convierte en otra cosa, se moviliza con otra lógica, apareciendo, como crédito social, una masa de tiempo futuro no invertido, disponible de manera diferencial según la clase social. Aquí es donde aparece la importancia de las transiciones que articulan la moratoria social por las que se define a la juventud, que es el punto privilegiado de entrada por el que normalmente se opta en la bibliografía especializada. Allí se puede notar claramente cómo se obvia el pasaje desde el crédito energético al crédito social, y al tomar la definición de su objeto exclusivamente de este último, esto es, ya objetivado socialmente, se acepta implícitamente el prejuicio social que trae incorporado, cayendo en la ideología por la que se rige la producción dominante de "juventud".

9. Posturas que han sido criticadas ampliamente, por ejemplo, por los estudios de inspiración bourdieusiana y constructivista.

10. Tomamos el modelo de las críticas de Grignon y Passeron (1991: 1-11) a los enfoques "dominocéntricos" en los que predominan visiones etnocéntricas de clase.

Con esta recategorización que aquí se propone queremos resaltar que, además de jóvenes, adultos y viejos definidos generacionalmente, además de eso que hemos llamado "dato duro", hay diferencias sociales respecto de la distribución de algunos signos complementarios sobre los que es preciso detenerse para apreciar cómo se da el proceso de juvenilización, la asignación de lo juvenil, que circula de manera restringida en sectores populares y se promueve cada vez más abiertamente en las clases medias y altas.

Cuando se analizan pautas de percepción y apreciación sobre los jóvenes, circulantes en los sectores populares (y que son derivados de los estereotipos difundidos por los aparatos de dominación cultural), puede aparecer rápidamente la tentación de pensar que no existe una especificidad de clase sobre esa realidad y que los modelos legítimos de los unos —los dominantes— son los de todos, sin alternativas posibles, con lo que la conclusión es sencilla: todos comparten los mismos patrones de percepción y apreciación de los fenómenos sociales, o bien unos los tienen estilizados y los otros alienados, degradados o vulgarizados y, por lo tanto, se reconocen a sí mismos en la falta o en la carencia de las propiedades que definen la categoría "juventud" y, en consecuencia, están privados de ella.

De los trabajos de tipo estadístico no cabe esperar una mayor precisión en cuanto a sus apreciaciones, puesto que, prescindiendo de la percepción subjetiva, sacan conclusiones sobre generaciones en el papel que (como ya lo sabemos desde antiguo en nuestra práctica) no coinciden necesariamente con las generaciones en la realidad.¹¹ Los límites de las generaciones son sumamente borrosos, como los de las clases, las que sin el elemento subjetivo no se constituyen como un polo de atracción o como una identidad colectiva. Nada demasiado importante nos puede decir un estudio que saca conclusiones sobre una población que no tiene una conformación como grupo, como identidad colectiva.

La juventud como plus de energía, moratoria vital (y no sólo social, como dicen todos los estudios) o crédito temporal es algo que depende de la edad, y esto es un hecho indiscutible. A partir de ahí comienza la diferencia de clase y de posición en el espacio social, lo que determina el modo en que se la procesará posteriormente. Como dijimos antes, no se puede obviar ninguna de las dos rupturas

11. Esta idea de "generaciones en el papel" en oposición a las generaciones tal como efectivamente se agrupan en el espacio social real alude a la distinción ampliamente desarrollada por Bourdieu entre las clases en el papel y los agrupamientos de clase en la realidad (véase Bourdieu [1986a: 131-134]).

objetivantes —la cronológica y la sociocultural— si se quieren evitar los peligros del etnocentrismo de clase y del fetichismo de la fecha de nacimiento.

La memoria social incorporada

Otro tema fundamental, que suele ser obviado, es el de la memoria social incorporada. Un ejemplo puede ser ilustrativo: la experiencia social vivida no es igual en alguien de veinte años que en alguien de cuarenta; se han socializado en mundos de vida muy distintos, han "estado allí"¹² en ámbitos diferentes, con distintos códigos, son nativos de distintas culturas. Ésta es la dimensión cultural, vitalmente "objetiva", contracara simbólica de la facticidad de la que antes hablamos, que divide con gran fuerza el mundo social. Estamos frente a la dimensión histórica del mundo social en el que acontecen las distintas facticidades, los distintos modos de estar y abrirse al mundo. La clase en el papel se superpone con la generación en el papel, y sólo después se atiende al tema de cómo se conforman efectivamente los grupos en la realidad concreta, en términos de clases o generaciones. Es evidente que hay generaciones dentro de cada clase y que también hay clases en cada generación, sin poder determinar de entrada cómo se va a resolver el conflicto entre las diversas categorías.

Hay que tener en cuenta que los *habitus* son también generacionales, lo que implica un paradójico condicionamiento estructural de tipo histórico. No es posible deshistorizar las estructuras sociales, separándolas de la experiencia temporal de los sujetos que las portan y realizan, dejando de lado la diacronía de las mismas que hace que los actores se socialicen en circunstancias históricas diversas con independencia del lugar que ocupen en el espacio social. La estructura social se va constituyendo en el plano de la temporalidad, con entradas y salidas de sujetos, con tradiciones que seleccionan y olvidan unos aspectos y remarcan otros, con acontecimientos que alteran radicalmente su fisonomía. Este momento diacrónico —que es un componente básico de la estructura— en el espacio social general es soberanía de la disputa que se traba entre generaciones, con relativa autonomía respecto de las clases.

No es igual tener veinte años que treinta y cinco, siendo hombre o siendo mujer, esos años de diferencia son un abismo en la circunstan-

12. Hacemos referencia a la conocida expresión de Clifford Geertz (1989a: 3).

cia histórica que nos toca vivir, en la que los tiempos se han acelerado hasta tal punto que diferencias de un lustro llevan casi a habitar en mundos distintos. No es lo mismo haberse socializado antes o después de la radio, de la televisión en color o por cable, o de la computadora multimedia, aun cuando no estén presentes en todos los hogares. Tampoco es lo mismo haber llegado a la madurez sexual en los años de la liberación durante la década del 60 que en los años 90, cuando pesa la amenaza del sida. La marca histórica de la época es también determinante, aun cuando se la procese atendiendo a las determinaciones de clase. Además de las diferencias sociales explícitas, hay que atender al encadenamiento de acontecimientos que van constituyendo la estructura, a su carácter sedimentado de experiencias acumuladas. La generación es el juego en el que las clases se van haciendo cargo de la tradición, del tiempo que corre paralelo al desarrollo de las luchas sociales. La generación es una estructura transversal, la de la experiencia histórica, la de la memoria acumulada.

La generación, más que a la coincidencia en la época de nacimiento, remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado. Aquí es donde debe inscribirse a las cronologías como genealogías, es decir, como parentesco en la cultura y en la historia y no en la simple categoría estadística. La generación no es una simple coincidencia en la fecha del nacimiento, sino una verdadera hermandad frente a los estímulos de una época, una diacronía compartida, una simultaneidad en proceso que implica una cadena de acontecimientos de los que se puede dar cuenta en primera persona, como actor directo, como testigo o al menos como contemporáneo. Sobre ello se constituyen los ejes de la memoria social, y sobre esa facticidad de los acontecimientos, de lo que efectivamente fue el caso, o sea, de lo que hace ambiente y por ende, condiciona y conduce identificaciones. Lo que fue tiene una relación con la selectiva memoria de lo que fue antes y con la borrosa expectativa de lo que aún no había sido, y, justamente por ello, no es lo mismo estar en una edad o en otra, aun compartiendo el mismo momento presente, el sentido que se le otorga a lo que acontece, en la medida en que se remite a una profundidad temporal diferente, no coincide. Y esto puede suceder con relativa independencia de la clase a la que se pertenezca. Por ejemplo, respecto de la dictadura militar argentina, no es lo mismo haber nacido antes, durante o después de ella; esas diferencias son estructurales, y conforman la materia de la historia en su facticidad aunque admita, después, variadas formas de elaboración. Si ser joven es estar con un paraguas generacional ante la vejez y la muerte (lo cual implica una invariancia

respecto de la clase), también hay que tener presente este concreto (simo) posicionamiento de experiencia, memoria, recuerdo y expectativas respecto de las generaciones precedentes.

Juventud: ¿una categoría unisex?

La juventud depende también del género, del cuerpo procesado por la sociedad y de la cultura; la condición de juventud se ofrece de manera diferente al varón o a la mujer. Esta tiene un reloj biológico más insistente, que recuerda con tenacidad los límites de la juventud instalados en su cuerpo. Hay un tiempo inexorable vinculado con la seducción y la belleza, la maternidad y el sexo, los hijos y la energía, el deseo, la vocación y la paciencia necesarios para tenerlos, criarlos y cuidarlos. El amor y el sexo han sido históricamente articulados e institucionalizados por las culturas, teniendo presente el horizonte temporal que los ritmos del cuerpo imponen y recuerdan.¹³ La juventud no es independiente del género: es evidente que, en nuestra sociedad, el tiempo transcurre para la mayoría de las mujeres de una manera diferente que para el grueso de los hombres; la maternidad implica una mora diferente, una urgencia distinta, que altera no sólo al cuerpo sino que también afecta la condición sociocultural de la juvenilización. El tiempo de ser madre se agota, y presiona obligando a un gasto apresurado del crédito social disponible que, si bien puede tener distintas características según el sector social de donde provenga la mujer, siempre es radicalmente diferente del que disponen los hombres. La juventud, para un varón joven de clase alta, difiere como crédito social y vital respecto de una mujer joven de su clase, y más aun respecto de una mujer de igual edad perteneciente a sectores populares. El primero tiene mayor probabilidad de disponer de tiempo excedente, de una mayor moratoria vital y social, mientras que a las mujeres se les reduce esa probabilidad a medida que crecen, incre-

13. El varón no está presionado por los ritmos biológicos que la maternidad impone a la mujer, aunque en nuestra sociedad tecnificada comienzan a aparecer nuevas posibilidades que al manipular el ciclo natural pueden flexibilizar las fronteras temporales. Estas alternativas que instaura la ciencia requieren acomodamiento cultural, y son observables las reacciones de tipo religioso o legal. De alguna manera confirman y legitiman cierta resistencia a las presiones temporales diferenciales que pesan sobre las mujeres, e indirectamente hablan de la condición de virtualidad juvenil a la que pueden acceder.

mentándose la reducción cuando se trata de sectores populares, en los que el modo de realización de las mujeres pasa casi exclusivamente por su condición de madres potenciales, pues no suele haber en estos sectores otros horizontes de realización. En cambio, nuestra época ha abierto otras perspectivas de logro para las mujeres de sectores medios y altos, que compiten por su tiempo y energía y pueden considerarse como relativamente alternativas de la maternidad: carreras profesionales, artísticas, intelectuales, etc. Se puede entonces advertir cómo varían según el género los ritmos temporales, que influyen en las formas de invertir el crédito vital y social disponible.

Lo expuesto no debe llevar a pensar que el varón o la mujer de clase media o alta son "los jóvenes" —por su cercanía al modelo massmediático—, mientras que no correspondería la condición de juventud al varón o la mujer, de la misma edad, de clase popular; ni siquiera cuando estos integrantes de sectores populares identifiquen el ser joven con los prototipos televisivos, excluyéndose a sí mismos de la atribución de juventud.

Las familias de clase popular están también integradas por la presencia de varias generaciones, y es posible que (por las condiciones demográficas vigentes y el estilo de vida más barrial y comunitario) esta coexistencia generacional se torne más intensa y sensible que en otros sectores sociales. En estos sectores populares, se es joven no tanto por portar los signos legítimos de la juventud —popularizados por los medios— sino por interactuar con las generaciones mayores en la convivencia diaria, dentro de la familia, el barrio y la comunidad, como hijo o hija, o como sobrino o como nieto; por tener asignado ese papel y por transitar la vida cotidiana con las consiguientes expectativas y *habitus* de generación. También por tener la memoria, la experiencia, la sensibilidad, los gustos, los códigos correspondientes a su generación, que también en las clases populares —a pesar de tener más limitados los beneficios atribuidos a la moratoria social— los oponen y diferencian de las otras generaciones.

Conclusión: la juventud es más que una palabra

Por todo lo dicho, la juventud no es sólo un signo ni se reduce a los atributos "juveniles" de una clase. Presenta diferentes modalidades según la incidencia de una serie de variables. Las modalidades sociales del ser joven dependen de la edad, la generación, el crédito vital, la clase social, el marco institucional y el género. No se mani-

fiesta de la misma manera si se es de clase popular o no, lo que implica que los recursos que brinda la moratoria social no están distribuidos de manera simétrica entre los diversos sectores sociales. Esto significa que la ecuación entre moratoria y necesidad hace probablemente más corto el período *juventud* en sectores populares y más largo en las clases medias y altas. Lo mismo sucede con la condición de género: hay más probabilidades de ser *juventud* siendo hombre que siendo mujer, dado que los hijos implican urgencias distintas en la inversión del crédito social disponible. Esto se superpone con la condición instaurada por la fecha de nacimiento y el mundo en el que los sujetos se socializan, que vinculan la cronología con la historia. De esta manera, ser joven es un abanico de modalidades culturales que se despliegan con la interacción de las probabilidades parciales dispuestas por la clase, el género, la edad, la memoria incorporada, las instituciones.

Desde una perspectiva que abarque a toda la población urbana, la moratoria social puede ser presentada como una probabilidad otorgada principalmente a los miembros de ciertos grupos etarios, más probable para las clases media y alta que para las clases populares y para los varones respecto de las mujeres. Pero también hay otras variables que inciden en la condición de juventud, y ésta es también accesible para otras clases sociales, sólo que bajo otras modalidades, sin tanto acceso a lo juvenil massmediatizado, a la moratoria social, sus signos y sus privilegios; pero, sin embargo, también estas clases tienen sus jóvenes (que no siempre se presentan juveniles), que son considerados como tales en el marco de su medio social y de las instituciones a las que pertenecen.

Tal como la hemos venido definiendo, la juventud es una condición que se articula social y culturalmente en función de la edad —como crédito energético y moratoria vital, o como distancia frente a la muerte— con la generación a la que se pertenece —en tanto memoria social incorporada, experiencia de vida diferencial—, con la clase social de origen —como moratoria social y período de retardo—, con el género —según las urgencias temporales que pesan sobre el varón o la mujer—, y con la ubicación en la familia —que es el marco institucional en el que todas las otras variables se articulan—. Es en la familia, ámbito donde todos estamos incluidos, donde se marca la coexistencia e interacción de las distintas generaciones, o sea que es en ella donde se define el lugar real e imaginario de cada categoría de actores dentro del entorno del parentesco. La familia en sentido amplio, como grupo parental, es quizá la institución principal en la que se define y representa la condición de joven, el escenario en el que se articulan todas las variables que la definen.

Pero también hay que tener en cuenta, como escenario en el que la juventud es definida material y simbólicamente, la malla de las instituciones en las que se pone en juego la vida social: la escuela, el ámbito laboral, las instituciones religiosas, los partidos políticos, los clubes y asociaciones intermedias, el ejército. En todas estas instituciones se sigue un orden vinculado con los distintos segmentos de edad, que están presentes en las reglas del juego, los sistemas de roles, el posicionamiento de los actores, los discursos, los tipos de sanciones, lo permitido y lo prohibido. La condición de juventud, en sus distintas modalidades de expresión, no puede ser reducida a un solo sector social o ser aislada de las instituciones, como si se tratara de un actor escindido, separado del mundo social, o sólo actuante como sujeto autónomo.

Con este recorrido a través de la moratoria social, la moratoria vital, la memoria social incorporada, la condición de género y su lugar en las instituciones, hemos intentado cumplir con la tarea, que sentimos necesaria, de recuperar cierta "materialidad" e "historicidad" en el uso sociológico de la categoría juventud.

JUEGOS EN EL SHOPPING CENTER

Laura Ariovich, Javier Parysow y Alejandro Varela

Definidos por la Cámara Argentina de Shoppings Centers como centros comerciales con "más de ciento cincuenta locales, administración centralizada, ramos diversos y reglamentos aceptados por los locatarios", los shoppings centers ofrecen al usuario, además de una oferta diversificada de bienes y servicios, horarios flexibles, seguridad y estacionamiento. Todos estos servicios son brindados en un ámbito físico que contrasta con el espacio urbano circundante. Si muchas calles y plazas de la ciudad presentan un visible deterioro, en el shopping todo luce nuevo, limpio y resplandeciente.

Entre 1988 y 1994, se instalaron en el país veinticuatro shoppings centers, y a mediados del 94 ya estaba en marcha la construcción de otros trece. Los más exitosos llegan a convocar un millón y medio de personas por mes; un 57,4 % de los concurrentes declara que va al shopping "a pasear" y un 23,16 % afirma que compra en sus locales. El total de la facturación anual de estos centros comerciales, en el país, ronda los 2.300 millones de dólares.²

Quien visite periódicamente los más concurridos shoppings de la ciudad de Buenos Aires advertirá que los jóvenes constituyen una proporción significativa del público. Muchos de ellos permanecen muchas horas en ellos, aunque no realizan ninguna compra.³ ¿Cuáles

1. Tomado de "La vida es... shopping", en *Vice. La revista de Clarín*, 952, Buenos Aires, 31 de julio de 1994, pp. 68-75.

2. *Ibid.*

3. Diversos estudios señalan que los jóvenes representan una proporción importante del público que asiste a los shoppings, pero que pocos, entre ellos, son asiduos compradores. Podemos mencionar aquí la investigación realizada por Griñola Capron (1994), quien se ha dedicado al estudio de los shoppings en Buenos Aires.